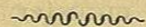


PRIMER SERMON.

PRIMER SERMON.



Necesidad de conocer a Jesucristo: cuan poco se le conoce: consecuencias de esta falta de conocimiento.

Hæc est vita æterna, ut cognoscant te solum verum Deum, et quem missisti Jesum Christum.

(Joann. XVII, 3.)

TERCERA vez, Señores, ocupo esta cátedra santa, para dirigiros la palabra de verdad durante las solemnes funciones que á la gloria de Jesus Sacramentado consagra la Real Archicofradía de las Cuarenta Horas; y pláceme en gran manera que al fijar mi residencia en esta córte, porque así lo ha dispuesto la divina Providencia, las primicias de mi ministerio tengan por objeto secundar las miras de esta institucion católica, de cuyos ejercicios en otra ciudad quiso valerse nuestro buen Dios para separarme del mundo é inspirarme la vocacion al estado sacerdotal. Pues tanto le debo, justo es le pague tributo, siquiera humilde, de mi celo y de mi gratitud. Al hacerlo, y al buscar el asunto de que deba ocuparme, para alimento de vuestra inteligencia y de vuestro corazon, yo no encuentro otro mas propio ni mas digno que el objeto

mismo de vuestra adoracion en las Cuarenta Horas, y en estos solemnísimos cultos: Jesucristo.

Se ha dicho que todo en el mundo tiende á la Religion, todo en la Religion á Jesucristo. Él es, pues, el objeto primordial de la oratoria sagrada. Hacer que el mundo le conozca, procurar que el mundo le ame, trabajar para que triunfe y reine en el individuo y en la sociedad: tal es nuestro ministerio. Por ello exclamaba el primero entre los grandes oradores cristianos, el Apóstol de las gentes: «Nos preciamos de no saber otra cosa entre vosotros que á Jesus, y este crucificado, sacrificado por el hombre (1). No predicamos otra cosa que á Jesus crucificado.» (2) Esta es la mision que he recibido, evangelizar las inestimables riquezas de Cristo (3): mi oracion se eleva al Padre de las misericordias para alcanzaros luz divina, á fin de que por la fe habite Cristo Jesus en vuestros corazones (4), y trabajo y padezco hasta formar á Cristo en vosotros (5).

¡Ojalá, hermanos míos, supiera yo cumplir la gran mision del apostolado católico, y sintiera en mi pecho los ardores del celo que sentía San Pablo para dar á conocer á Cristo! ¡Ojalá brillase en mi entendimiento la luz clarísima que le reveló las riquezas del gran misterio escondido en Dios antes de los siglos! (6) Pudiera yo decir al menos con el dulcísimo Bernardo: «Toda mi filosofía, toda mi sabiduría, es Jesucristo.» (7) ¡Cuán dig-

(1) I Cor. II, 2.

(2) Id. I, 23.

(3) Ephes. III, 8.

(4) Id. id., 17.

(5) Gal. IV, 19.

(6) Ephes. III, 9.

(7) Hæc mea sublimior Philosophia, scire Jesum, et hunc crucifixum.
(S. Bernard., *Serm. 43 in Cantic.*)

namente hablaria entonces de él, que forma las complacencias del Padre desde la eternidad, y fué la esperanza de los hombres antes de su Encarnacion, y despues de ella el objeto tiernísimo de su amor y de la esperanza de entrar en su gloria! Él es el principio que se digna hablarnos como á los judíos (1), el fin de la ley (2), el misterio de los siglos, la explicacion de los símbolos, el fundamento fuera del cual no puede ponerse otro (3), el Hijo de Dios, el Redentor de los hombres, la salud y la felicidad de las naciones.

Confieso sinceramente, Señores, mi impotencia para trazar el cuadro de las sublimes grandezas de Jesucristo; pero confiado en su omnipotente auxilio, que hace elocuentes á los niños (4), animado del deseo de hacerle conocer y amar de todos, y recordando agradecido la benevolencia con que en años anteriores me habeis escuchado al describiros las riquezas y armonías de la Sagrada Eucaristía, y al tratar de la influencia del Catholicismo en la vida individual y social, me atrevo á ensayar mis fuerzas en esta obra. Hablemos hoy, como sentando preliminares, de la necesidad de conocer á Jesucristo, de cuán poco se le conoce entre los mismos cristianos, y de las consecuencias de esta falta de conocimiento.

(1) Joann. VIII, 25.

(2) Rom. X, 4.

(3) I Cor. III, 10.

(4) Sap. X, 21.